

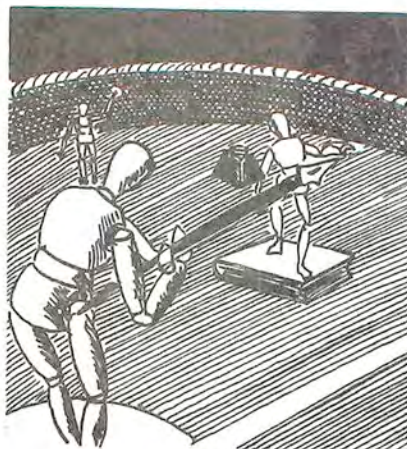
ginario los cuatro puntos cardinales de la poesía de Gaitán serían: el Instante, la Eternidad, el Cuerpo y la Muerte. En este juego de tensiones su palabra irá llenando las experiencias de sentido. La rebeldía que tuvo en vida le servirá para hallar en el Instante la palpación de la vida, y en el sexo, la intensidad de la muerte. La necesidad de completarse y fundirse en otro cuerpo como manera de desentrañar la Eternidad parte de lo que Bataille llamaba el "inacabamiento":

"Un hombre se sabe inacabado, imagina de pronto el ser acabado, lo imagina verdadero. Dispone a partir de entonces no solo de lo acabado, sino también, por contraposición, de lo inacabado. Lo inacabado dependía hasta entonces de su impotencia, pero al disponer de lo acabado, el exceso de su poder libera en él el deseo de lo inacabado".

Esa aguda y dolorosa búsqueda por medio del instinto "quiere decir —en palabras de Guillermo Sucre— presencia del ser y del mundo". Es en este punto donde su obra se emparenta con la de Octavio Paz. Saúl Yurkievich señala en el escritor mexicano que el poema es "consagración del instante privilegiado que escapa a la corriente temporal... instante revelador de la otredad, salto a lo absoluto, epifanía, presencia del misterio cósmico, rescate de la unidad y de la plenitud primigenias, intermediario entre la conciencia y el mundo verdadero".

No podemos dejar de comparar algunos momentos de *Amantes* con el poema *Piedra de sol* del mexicano donde en el acto del amor se vislumbra "nuestra unidad perdida, el desamparo que es ser hombre, la gloria que es ser hombres y compartir el pan, el sol, la muerte, el olvidado asombro de estar vivos".

Asombro es sin duda la palabra más profunda de Gaitán, y no en vano llamó a uno de sus libros de esa manera.



El poeta insiste en varios poemas de "Si mañana despierto" en la canícula, esa otra hora extrema, ese momento de suspensión solar que obliga a los habitantes de las ciudades —y en este caso de Cúcuta— a resguardarse en los bares o en lo profundo de las casas para encontrar un poco de frescura. Aplacados por la presencia del sol aparece la siesta como el momento donde el cuerpo escapa, se abren los sentidos y captan el paso del tiempo en la fuente que "habla como la infancia".

Hablar de Gaitán Durán es también hablar de la muerte. El *Vengan cumplidas moscas* es según Alvaro Mutis "el poema a su propio cadáver". La muerte de Gaitán como profecía es indudable; lo interesante es observar cómo la había construido, cómo la había hecho suya, tal como pide Rilke en sus Cuadernos de Malte Laurids Brigge. Y para hablar de la muerte de Gaitán volvió a emplear la rebeldía para aprender con su presencia el misterio del hombre y porque sabía que "la conciencia de la nada asigna una nueva jerarquía al diario vivir" como afirma Andrés Holguín.

Poeta de límites, donde todo tiene un destello más acusado, como lo aprendió de los románticos, Gaitán podría compartir las palabras de Blanchot:

"¿Porqué la muerte? Por que es lo extremo. Quien dispone de ella dispone extremadamente de sí, está ligado a todo lo que puede, es integralmente poder".

Sin lugar a dudas la figura de Gaitán ha despertado y sigue despertando gran interés. Los que lo recuerdan lo hacen con una total entrega: Vicente Aleixandre, Jorge Guillén, José Angel Valente, Juan Luis Panero, Eduardo Carranza, Carlos Martín, Fernando Charry Lara, etc.

Esperemos que algún día se reúna y se publique toda su correspondencia. Podremos encontrarnos con textos de Borges, Cernuda, Paz, entre tantos otros. Esperemos.

RAMÓN COTE BARAIBAR

La historia desde el mito

Hijos del tiempo

Raúl Gómez Jattin

Ediciones El Catalejo, Cartagena, 1989

"Sabe que ha envejecido mucho; lo siente y lo ve./ Y, sin embargo, el tiempo en que fue joven le parece ayer./ ¡Qué poco tiempo hace, qué poco tiempo!/ ...se burla ahora de su sensatez sin seso". Estos versos pertenecen al inolvidable poema titulado *Un viejo* de C. P. Cavafis, y su magia expresiva reside más allá de la anécdota, más allá de la exactitud de las palabras, más allá del dolor humano, en la posibilidad de condensar el tiempo que se ha escapado y que sigue fluyendo, traspasando un cuerpo que aún no logra reponerse del atropello, que aún no logra tomar conciencia de las cicatrices que le ha tatuado el tropel de los años.

Esta misma impresión es la que deja el último libro de poemas de Raúl Gómez Jattin titulado *Hijos del tiempo*; aquí el poema aparece como consumación del tiempo, saca de la memoria, o mejor, del olvido ciertos nombres: Homero, Miccerino, Sheherazada, Moctezuma, La Malinche, Aquiles, Li Po, reconstruyendo la historia vista desde el mito. Es otra propuesta, es la destrucción de un tiempo histórico y la recuperación de

un tiempo mítico y, más aún, de un tiempo poético. "Pero no-El Mito es el indiscutible centro de la historia".

Estos *Hijos del tiempo*, en cierta forma, son quienes han podido convertir los segundos, los años, en imagen de la eternidad, y en voz del poeta son recuperados en un "durar" que se desliza a través de estas páginas. "Más allá de este verso que me mata en secreto/ está la vejez —la muerte— el tiempo inacabable".

Gómez Jattin, con un tono sobrio, más dramático que lírico, se acerca en este segundo libro, por su forma, más a la parábola: parábolas del poder, el amor, la soledad, la escritura. Sale del yo poético que cantaba en el *Tríptico cereteano* (Fundación Guberek, 1988), para hablar por otros que ya han escrito el poema en la historia pero que la memoria pierde. La palabra, entonces, va en la reconquista del fracaso.

Este libro puede constituir una tercera época para el poeta: la primera en *Retratos*, autobiográfica de tono existencial; la segunda, en *Del amor*; y esta tercera, en *Hijos del tiempo*, que recupera en cierta forma su primera época en el teatro, cuando en palabras del poeta: "Me dedicaba a cosas menos serias".

Con un dominio absoluto de la expresión, con la pureza y equilibrio en el lenguaje, Gómez Jattin logra en esta última producción conseguir la expresión del sentimiento humano en cada uno de los personajes que soporan el mito. "¿Alcanzaré —se pregunta Micerino— a morir a tiempo?". El tratamiento de la anécdota histórica no pasa de ser un pretexto, la solución es por el lado de lo individual y no de lo social; reconstruye el drama interior de los personajes, descubre y edifica la totalidad secreta de una vida; el viaje, pues, comienza con el final. Al final queda la grandeza o la miseria humana y con ella el olvido: como lo trágico del destino. "Y todo se ha perdido en unos cuantos años/ En unas pocas batallas todo se esfumó/ como un espejismo en medio del Sahara".

Imágenes de lenta majestuosidad vehiculan el desenlace, en el poema, del hombre y, por último, del tiempo como eje estructurante. La duración, el fluir del poema remata en un verso

fulminante ("de cola ancha"), que a la vez contiene y unifica totalmente el texto. Allí aparece lo fugaz, la eternidad del instante; allí la imagen es la historia. El poema es un camino para llegar a este último verso, que es la poesía condensada: "El artista tiene siempre un mortal enemigo/ que lo extenua en su trabajo interminable/ y cada noche lo perdona y lo ama: él mismo".

Más allá del relato de las peripecias, del balance de los hechos, como un pequeño dios que de antemano conoce el fin, Raúl Gómez Jattin no propone un veredicto —éste ya está dado—; propone el poema con la memoria ancestral que da un plazo, un espacio para entrar y ver a la muerte con los ojos abiertos; el verdugo es el tiempo. "Duerme bajo tierra, duerme bajo el tiempo", dijo con certeza un poeta francés.

El sentenciado es el amor, incrustado en el corazón del hombre; el campo de batalla, la vida:

*Beberá todo el día y al anoche-
cer la luna
lo llamará en silencio a mirarla
borracho*

[...]
*más hermosa que en lo alto del
cielo
y borracho creará realizado el
milagro
de tocarla y mirarla de cerca y
besarla
Y Li Po va en busca de la luna
en el agua
del río Amarillo. De donde
nunca jamás Li Po volverá*

JORGE CADAVID

Sobre fanatismos

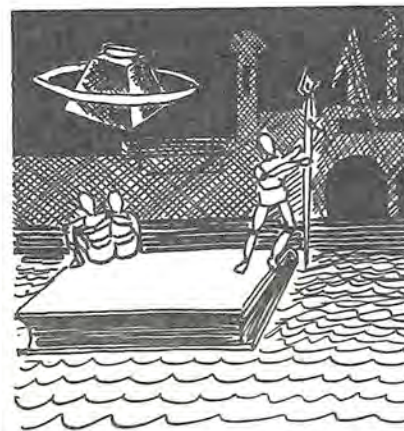
¡Libranos de todo mal!

Fanny Buitrago

Carlos Valencia Editores, 1989, 116 págs.

En Colombia prácticamente no existen editoriales que publiquen a los

escritores jóvenes. Ese papel durante mucho tiempo lo han cumplido la Fundación Simón y Lola Guberek, las Ediciones Puesto de Combate y las extensiones culturales de las bibliotecas públicas. Por supuesto, con resultados muy dispares: en algunos casos porque la incompetencia del editor es tanta que arruina los libros y en otros —la mayoría— porque esos mismos editores no se resuelven a comercializar sus productos. Aunque son publicados, los autores rara vez son leídos. Cabe anotar, a este respecto, que la poesía está mucho mejor organizada que la narrativa en Colombia. No sólo porque es más fácil y más barato editar un libro de versos (menos páginas, menor tiraje, etc.), sino porque los poetas constituyen de muchas maneras su propio público. De ahí que resulte doblemente satisfactoria la aparición de una serie como Nueva Narrativa de Carlos Valencia Editores. Por una parte, libros muy buenos desde el punto de vista formal: la tipografía, los márgenes, la corrección de pruebas y las carátulas son espléndidos; por la otra, dado el prestigio y la tradición de Carlos Valencia, libros cuya distribución garantiza que por lo menos el autor vea la tapa de su obra en las vidrieras. (Lo cual, por supuesto, no es nada desdeñable en un país con el extraño fenómeno del editor que no comercializa lo que imprime).



Publicar autores jóvenes es ingresar en la tierra de los espejismos. ¿Cómo reconocer en la maraña de los que sólo tienen talento al que posee